LA BIOGRAFÍA DEFINITIVA

CÉSAR

ADRIAN GOLDSWORTHY

AVISO LEGAL: ESTA INFORMACIÓN PUEDE SER UTILIZADA PARA FINES EDUCATIVOS EXCLUSIVAMENTE.

XV

EL HOMBRE Y LA HORA: VERCINGETÓRIX Y LA SUBLEVACIÓN DE LOS PUEBLOS GALOS, 52 A.C.

Los principales de la Galia, reuniéndose en parajes silvestres y apartados, se quejan de la muerte de Acón; hacen ver que lo mismo puede ocurrirles a ellos; lamentan la suerte común de la Galia; prometen los mayores premios a quienes comiencen la guerra y arriesguen su vida por libertar a la patria.

CÉSAR[1]

USO DIDÁCTICO

El éxito de las potencias imperiales siempre se ha basado tanto -o incluso más- en la diplomacia y los acuerdos políticos como en la fuerza militar. Los ejércitos podían y pueden aplastar la oposición oficial, y eran y son capaces de controlar la guerra de guerrillas, aunque puede que no sean capaces de destruirla. Sin embargo, para evitar repetir constantemente las acciones militares, era necesario alcanzar un acuerdo que fuera aceptable para un número suficiente de los pueblos ocupados y, en especial, para aquellos que tenían poder e influencia. Este principio era tan cierto para hombres como Wellesley en la India británica o Bugeard en el norte de África como lo era para César en la Galia. Todos ellos eran soldados con talento que habían obtenido grandiosas victorias en el campo de batalla, pero cada uno de ellos se había percatado de que eso no servía sin una efectiva diplomacia y una competente administración. Para los senadores, la íntima conexión entre la guerra y la política en la República romana ayudaba a prepararlos para este aspecto de su papel como gobernador provincial. También era importante el hecho de que la expansión romana más allá de Italia no consistía en erradicar a la población indígena y sustituirla con colonos romanos o ni siquiera en imponer una élite romana que explotara a la población sometida. A pesar de todas las matanzas y la esclavización masiva que acompañaban al imperialismo romano, la pro vincia de la Galia que creó César sería habitada por las tribus que habitaban allí cuando él llegó. En la mayoría de los asuntos cotidianos serían gobernados por líderes procedentes de su aristocracia. La conquista permanente se basaba en persuadir a las tribus y a sus jefes de que les convenía más aceptar el dominio romano que oponerse a él.2

Desde el principio, César comprendió esa perspectiva y envolvió sus campañas firmemente en un contexto político. Sus intervenciones iniciales en la Galia se produjeron en respuesta a llamadas de las tribus aliadas. Los invasores fueron expulsados, pero los adversarios galos fueron tratados con mucha menos dureza que los enemigos germanos y, después de ser derrotados, pasaron a ser aliados romanos que merecían su protección. César se reunía con los líderes tribales con frecuencia: al

menos había un consejo cada año y, por lo general, dos o más. Prestaba especial atención al equilibrio de poder dentro de cada tribu e intentaba hacerse una idea del carácter e inclinaciones de cada uno de los jefes. Ciertos hombres recibían su favor, reforzaba su posición dentro de las tribus para contar con líderes que estuvieran en deuda con él. Uno de ellos era Diviciaco, que, prácticamente, se convirtió en el líder de los eduos durante varios años y consiguió que otras tribus estuvieran en deuda con él a su vez al lograr que el procónsul les hiciera favores. Comio, que fue el enviado de César en Britania, fue erigido rey de su propia tribu, los atrebates, y también recibió el cargo de jefe de los menapios. Sería un error considerar a estos hombres como meros colaboracionistas, simples instrumentos en manos de los imperialistas romanos: cada uno de ellos tenía sus propias ambiciones. La llegada de las legiones de César a la Galia no podía pasarse por alto. Las demás potencias -los helvecios, Ariovisto y los emigrantes germanos- habían sido expulsadas y ya no podían servir como contrapeso a los romanos. Conseguir el favor de César proporcionaba importantes ventajas a los jefes y, en lo que a ellos respectaba, lo estaban utilizando tanto como él los estaba utilizando a ellos. La influencia del procónsul era considerable, pero no podía controlar la política interna de las tribus, como demostró el rechazo de los reyes que él había nombrado entre los senones y los carnutes. La aristocracia gala no había experimentado ningún cambio fundamental a consecuencia de la llegada de César y los jefes seguían compitiendo por el poder. La alianza con Roma brindaba ciertas ventajas, pero estas no eran necesariamente enormes y había otras fuentes de pres tigio y riqueza. La posición de rey era precaria en la mayor parte de las tribus, por lo que, aunque César elevara a un hombre hasta la monarquía, no había ninguna certeza de que lograra permanecer allí.'

La comprensión y manipulación de la política tribal por parte de César solía ser excelente, pero durante el invierno de 53 a 52 a.C., su política fracasó de forma estrepitosa. Los motivos del fracaso fueron varios, pero la causa fundamental fue la percepción creciente de hasta qué punto su presencia había alterado la situación, en especial para los pueblos celtas/galos del centro y sur de la Galia, uno de los tres grupos en los que los Comentarios dividían «la totalidad de la Galia». Estas tribus todavía no habían librado ninguna batalla significativa con César, aunque fue en sus tierras donde se desarrollaron las campañas contra los helvecios y Ariovisto. Al controlar las rutas comerciales con el mundo romano, tribus como los eduos, los sécuanos y los arvernos eran más ricas y más avanzadas políticamente que los pueblos del norte. Habían ayudado a César, que, a cambio, había tratado con preferencia a las tribus y líderes que más apoyo le habían brindado y había luchado -o, al menos, eso sostenía él- en su nombre contra los helvecios y Ariovisto. Ahora, a lo largo del siguiente año, casi todos ellos se volverían contra él. No se trataba únicamente de una cuestión del levantamiento de aquellos que no habían gozado del favor del procónsul y habían visto como sus rivales eran colocados en una situación superior a la suya: entre los rebeldes acabaron figurando muchos jefes a quienes les había ido bastante bien bajo el dominio de Roma. Esa nueva actitud provenía del hecho de haber comprendido que César y sus legiones estaban en la Galia para quedarse, y que no retornarían a los confines de la provincia transalpina después de unas cuantas veloces campañas. Roma esperaba ahora que su poder fuera reconocido de manera permanente en

USO DIDÁCTICO

toda la Galia. El aliado se había convertido en el conquistador sin haberse enfrentado siquiera a una resistencia importante por parte de los pueblos celtas.

Algunas de las acciones de César habían revelado de forma brutal esta nueva realidad. La ejecución sumaria de Dumnórix y la flagelación y decapitación de Acón -es probable que esto fuera especialmente humillante porque la cabeza poseía una enorme importancia en la religión gala- mostraba que el procónsul no tenía ningún reparo en deshacerse de los líderes que habían sido acusados de conspirar contra él. Resultaba espantoso ver morir de ese modo a grandes jefes galos y sugería que nadie estaba totalmente a salvo. En retrospectiva, podemos pensar que las acciones de César fueron erradas, pero no es fácil saber cómo se podrían haber gestionado ambas situaciones de manera más efectiva. En última instancia, la ejecución de Acón fue la chispa que encendió la rebelión, pero es probable que el levantamiento se hubiera producido de todos modos en algún momento. En los Comentarios, César reconoció abiertamente que muchos de sus adversarios estaban luchando por su libertad, que él debía arrebatarles por el interés de Roma. Una buena parte de la aristocracia gala decidió que el dominio constante de Roma significaba que perderían más de lo que ganarían. Los romanos hablaron de la paz como un resultado de su victoria, pero en realidad las campañas de César habían impuesto la paz por la fuerza a las tribus: la guerra había desempeñado un papel central en la cultura y la sociedad gala durante mucho tiempo, y los jefes eran ante todo caudillos de guerra, cuyo poder se medía por el número de guerreros de su séquito. Las tribus ya no eran libres de luchar entre sí, y ahora la gloria marcial sólo podía lograrse combatiendo como aliados del ejército romano. Los jefes poderosos sabían que apoderarse de la monarquía en su propio pueblo provocaría una represalia inmediata si el gobernador romano no estaba de acuerdo. También era más dificil crear una red de amigos, aliados y clientes con los líderes de otras tribus. El mundo había cambiado y los jefes de las tribus se encontraban con que carecían de la libertad completa que antes disfrutaban para gobernar sus tribus a la manera tradicional. Aunque César interfería sólo de forma ocasional en los asuntos cotidianos de las tribus, seguía siendo evidente que era capaz de hacerlo. La libertad política había sido limitada por un supuesto aliado y junto con ella habían perdido la libertad de asaltar y decapitar a sus vecinos, o hacerse con el poder por la fuerza en la propia tribu. Los jefes eran juzgados por el tamaño de sus séquitos, pero era dificil mantener esas escoltas sin poder librar batallas y realizar incursiones con regularidad. En toda la Galia se había extendido el resentimiento y durante los meses de invierno hubo reuniones secretas en las que se habló y se planeó la insurrección. Muchas tuvieron lugar en el territorio de los carnutes, tal vez porque contenían lugares de culto sagrados para todos los galos. Los líderes no podían intercambiar rehenes para cimentar nuevas alianzas, ya que probablemente sus acciones habrían He gado a oídos de los romanos, así que lo que hicieron fue apilar de forma simbólica sus estandartes y hacer juramentos.4

El creciente rechazo hacia la presencia romana en las Galias estimuló a los conspiradores, pero también habían detectado una oportunidad. César se había marchado al sur de la provincia, a la Galia Cisalpina, y sabía por experiencia que era poco probable que sus legados emplearan la fuerza hasta que retornara en primavera. Existía incluso la esperanza de que no pudiera volver porque había

USO DIDÁCTICO

corrido la voz de que Roma estaba inmersa en el caos. Las historias no eran inventadas, dado que después de que Craso y Pompeyo se hubieran marchado para hacerse cargo de sus mandos, la vida pública de la ciudad había estado llena de turbulencias. En las elecciones consulares del año 53 a.C. se habían descubierto casos de soborno a una escala que era pasmosa incluso para los estándares de la República y, después de repetidos trastornos, estas todavía no se habían celebrado cuando comenzó el año. Clodio se presentaba a la pretura para el año 52 a.C., prometía una reforma electoral que beneficiaría a los libertos, y muchos de ellos engrosaron las filas de las bandas que utilizaban la violencia para respaldar su campaña. Contra ellos, su antiguo enemigo Milón, que también buscaba alcanzar el consulado, alineó a su propia banda de matones y gladiadores, y la violencia que siguió impidió una vez más la celebración de las elecciones, por lo que dio comienzo un nuevo año sin que hubiera cónsules o magistrados superiores para guiar la República. El 18 de enero de las bandas rivales se encontraron en la Vía Apia, a las afueras de Roma, y en la lucha que se produjo a continuación Clodio resultó muerto. Al día siguiente sus seguidores llevaron su cuerpo a la Casa del Senado, construyeron una pira y lo incineraron, quemando el edificio en el proceso. No por primera vez se habló de erigir a Pompeyo dictador para restaurar el orden por la fuerza. Se decretó una leva de ciudadanos en edad militar y residentes en Italia en caso de que se requirieran fuerzas de emergencia. César aplicó debidamente esta medida en la Galia Cisalpina y, por supuesto, observó los acontecimientos de Roma con vivo interés. Un comentario casual en una carta escrita unos dos años después nos revela que Cicerón viajó hasta Rávena, en la provincia cisalpina, para reunirse con César. Sin duda el orador no era el único visitante y es posible que fuera en aquella época cuando César presentó su propuesta de renovar el vínculo matrimonial con Pompeyo. Los galos se equivocaban al pensar que los problemas de Roma evitarían el regreso de César, pero desde luego acertaban al adivinar que ellos no serían el principal foco de su atención en esos meses. Si a sus legados en la Galia les había llegado algún informe de los planes de rebelión, entonces lo desoyeron o no lo creyeron. El estallido de la revuelta fue una sorpresa total para los romanos.'

Los carnutes se habían comprometido a lanzar el primer ataque. Dos de sus jefes guiaron a sus guerreros hasta el pueblo de Cenabum (la actual Orléans) y masacraron a los comerciantes romanos que vivían allí. También asesinaron a un équite que César había designado para supervisar el suministro de grano. Las nuevas de la matanza se propagaron con rapidez: según los Comentarios, a medianoche ya se sabía a una distancia de unos doscientos sesenta kilómetros. El siguiente en tomar las armas fue un joven aristócrata arverno llamado Vercingetórix. Su padre había dominado durante un tiempo gran parte de la Galia, pero había sido asesinado por la tribu cuando intentó convertirse en su rey. César conocía aVercingetórix; al parecer, era uno de esos jóvenes aristócratas a los que el procónsul había tratado de ganarse. Su pasada amistad fue puesta a un lado para comenzar a formar un ejército, pero su tío y otros hombres importantes de la tribu le expulsaron a la fuerza del principal asentamiento de los arvernos, Gergovia (probablemente a pocos kilómetros de la actual Clermont). Sin desanimarse, reclutó más hombres, que, según César, eran vagabundos y parias, pero es posible que, en realidad, fueran guerreros que, sencillamente, carecían de un jefe que les mantuviera. Con esta nueva fuerza, regresó a su ciudad, obligó a sus oponentes a salir de Gergovia y fue proclamado

USO DIDACTICO

rey por sus hombres. Prácticamente todas las tribus de las tierras occidentales hasta la costa atlántica se unieron con prontitud a él, y sus jefes le reconocieron como su adalid. Desde el principio, su actitud fue muy diferente de la de la mayoría de comandantes galos, y trató de imponer disciplina en su ejército y organizar su abastecimiento. César sostiene que la desobediencia era castigada con la muerte o la mutilación.'

Pronto, Vercingetórix estaba listo para atacar a las tribus aliadas de Roma que había elegido como objetivo. Mientras otro jefe lanzaba una tropa contra los remos, él dirigió su propio ejército contra los bituriges, que vivían al norte de su propio pueblo. Los bituriges tenían una relación de dependencia con los eduos y, de inmediato, les pidieron su protección. Estos, a su vez, consultaron a los legados de César, que les recomendaron enviar un ejército para ayudar a los bituriges. Llama la atención que los oficiales romanos no actuasen personalmente y sugiere que todavía no eran conscientes de la magnitud del levantamiento. Con excepción de Labieno, parece que los legados de César fueron hombres de modesto talento, por lo que nunca les animó a tomar demasiadas iniciativas en su nombre. Todavía era invierno, lo que hacía dificil -aunque no imposible, como había demostrado César un año antes- emprender operaciones marciales. El momento más débil de las revueltas es su comienzo, mientras muchos reclutas potenciales están aguardando a ver si la rebelión tiene o no posibilidades de triunfar. Por lo general, los comandantes romanos intentaban atacar lo antes posible ante cualquier signo de rebelión, pero, en este caso, la reacción fue desganada. Los eduos respondieron de forma igualmente vacilante. Su ejército alcanzó el Loira, que marcaba la frontera entre sus propias tierras y los bituriges. Allí se detuvieron unos cuantos días, antes de retirarse, alegando que los bituriges estaban confabulados con Vercingetórix y planeaban atacarles en cuanto cruzaran. César comenta que, aun después de la revuelta, no estaba seguro de si los líderes de las tropas eduas realmente creían en esa confabulación o estaban ya preparando la traición. Tras su retirada, los bituriges se unieron sin reservas a la rebelión.'

USO DIDÁCTICO

Tal vez a esas alturas los oficiales de César estaban empezando a darse cuenta de que se avecinaba algo grande, y cuando le informaron correspondientemente de este episodio se convenció de inmediato de la necesidad de volver a reunir el ejército. En aquel momento la situación en Roma se había estabilizado bastante. Pompeyo había sido erigido cónsul único en vez de dictador y había introducido a sus tropas en la ciudad para restablecer el orden por la fuerza. César atravesó los Alpes en dirección a la Galia Transalpina. Para entonces, más tribus -algunas de forma voluntaria y otras bajo coacción- se habían unido aVercingetórix y los rebeldes. La revuelta iba adquiriendo más y más ímpetu. Las tribus leales a Roma o sus aliados más estrechos eran atacados sistemáticamente y la mayoría estaba cambiándose de bando. César se hallaba en una de las peores situaciones posibles para cualquier general, separado de su ejército por cientos de miles de kilómetros en un momento en el que un enemigo les había atacado. Si ordenaba a sus tropas que marcharan para unirse a él, podrían encontrarse con la fuerza principal del adversario en el trayecto y verse obligados a luchar sin él, lo que podría significar la derrota o, con suerte, una victoria en la que el mérito se adjudicara a Labieno o a otro de sus legados. Existían asimismo grandes riesgos si él se aproximaba a las legiones, porque

su escolta sería reducida y, con tantas tribus pasándose a los rebeldes, no sabría en qué jefes podía confiar. Pese a las complicaciones, no creemos que tardara mucho en tomar su decisión, porque César siempre prefería ponerse a sí mismo en peligro que arriesgar a su ejército. Aun después de seis años de victorias, sabía que una mala derrota era todo el argumento que necesitaban sus enemigos de casa para destruir su reputación.También sabía que sería más rápido que él mismo, sus asistentes y probablemente algunos empleados más, además de una escolta de cuatrocientos jinetes germanos se dirigieran a toda velocidad hacia el ejército que si las legiones avanzaban hacia su posición. Sin embargo, antes de que pudiera emprender la marcha, la misma provincia transalpina resultó amenazada: varias tribus que habitaban en la frontera se habían unido a los insurrectos y ahora una fuerza rebelde había invadido la provincia y se dirigía hacia la colonia de Narbona.'

CONTRAATAQUE

César corrió hacia allí y organizó su defensa. No había legiones en la provincia, pero contaba con una serie de cohortes reclutadas entre la población local, así como los grupos de nuevos reclutas que traía de la Galia Cisalpina. Es probable que también le acompañaran los jinetes de las tribus de la provincia. Algunos estaban estacionados formando una línea defensiva para protegerse de posibles ataques y pronto obligaron a los asaltantes a retirarse, pero dio orden de que el grueso de la caballería se concentrara en las tierras de una de las tribus galas que vivían en la provincia, los helvios. Desde allí guío a este improvisado y, en buena medida, inexperto ejército a través del paso de los montes de Cevennes y descendió para atacar a los arvernos. Los cogieron totalmente desprevenidos, porque aún era invierno, e incluso los locales daban por supuesto que el camino estaría cerrado por la nieve. Los hombres de César trabajaron sin descanso para despejar un sendero de ventisqueros de casi dos metros de altura y, a continuación, siguieron adelante para alcanzar el territorio de los arvernos. Una vez allí, César ordenó a su caballería que se adelantara en pequeños destacamentos, dándoles instrucciones de que se extendieran por una amplia zona, que incendiaran y mataran. Es probable que el daño que infligieron fuera pequeño, pero el ataque dio la impresión de ser el inicio de una invasión en toda regla. Los arvernos enviaron mensajeros a Vercingetórix, que estaba acampado con su ejército principal a unos ciento sesenta kilómetros al norte, entre los bituriges. El líder galo puso a sus tropas en marcha en dirección al sur para tranquilizar a su propio pueblo. Después de dos días de asaltar la región circundante, César dejó a Décimo junio Bruto al mando, con instrucciones de que continuara enviando la caballería en expediciones de saqueo. El procónsul anunció que necesitaba regresar a la provincia para reclutar más tropas y jinetes aliados, pero que regresaría tres días después. Parece que confiaba en que estas noticias llegaran con rapidez al enemigo, ya que, tras volver a atravesar las montañas, se dirigió a caballo a toda prisa hacia Vienne (no Viena, la actual capital de Austria, sino una ciudad en el valle del Ródano).Antes, había dispuesto que una fuerza de caballería le esperara allí. Sin hacer un alto ni siquiera de una noche, siguió camino con sus jinetes cabalgando al galope a través de las tierras de los eduos hasta que alcanzó a las dos legiones que estaban pasando el invierno entre los lingones, en el norte de la

USO DIDÁCTICO

provincia. Una vez allí, se detuvo, pero envió emisarios a las demás legiones y les ordenó que se concentraran en Agedincum (se cree que estaba cerca de la actual Sens). Había sido un viaje audaz a través de un territorio potencialmente hostil. (Suetonio cuenta una historia en la que César se disfraza de galo para alcanzar a su ejército durante una rebelión que, en caso de ser cierta, podría hacer referencia a este incidente). El comandante y sus tropas volvían a estar juntos. Ahora era cuestión de recuperar la iniciativa.'

A Vercingetórix le había cogido por sorpresa el ataque por las Cevennes y había tardado varios días en darse cuenta de que se trataba sólo de un amago de asalto. Entonces retornó a su plan de lanzarse contra las tribus que seguían siendo leales a Roma.Volvió a entrar por el área septentrional y atacó a los boyos, que habían acompañado a los helvecios en el año 58 a.C. y a quienes se les había permitido asentarse en sus tierras a petición de los eduos. El ejército galo sitió una de las principales pobla ciones en un lugar denominado Gorgobina. Aún era invierno y sería dificil abastecer a las legiones si reanudaban las operaciones militares, ya que no había tiempo para preparar las maniobras, recopilar comida y transportar a los animales. No obstante, si César se retrasaba, los boyos podrían ser obligados a capitular y a unirse a la rebelión, con lo que Vercingetórix quedaría libre para atacar otras tribus y clanes aliados de los eduos, demostrando a todos que incluso los eduos, el pueblo que más unido estaba a Roma, había sido incapaz de proteger a sus amigos. Si eso sucedía, entonces las demás tribus encontrarían pocos incentivos para permanecer leales a Roma.Antes que tolerar «semejante afrenta», César decidió mandar enviados a los boyos para decirle que él y el ejército iban en su auxilio. Los eduos recibieron instrucciones de reunir tantas provisiones de grano como necesitara el ejército. A continuación, dejando dos legiones vigilando sus carros de bagaje en Agedincum, se dirigió con las otras ocho a ayudar a los boyos. La columna iba acompañada de una débil fuerza de caballería, porque César no había tenido oportunidad de reclutar los habituales contingentes de las tribus. Los romanos contaban asimismo con pocos alimentos, lo que significaba que no podrían permitirse permanecer en el campo de batalla demasiado tiempo a menos que fueran capaces de encontrar una nueva fuente de suministro. Era arriesgado, pero era mejor que quedarse cruzados de brazos y ver cómo la revolución adquiría fuerza y velocidad. La inactividad sería considerada una debilidad, pero si mostraban una fachada audaz y contraatacaban, podrían hacer que las tribus y los jefes dubitativos se detuvieran, al menos por el momento.`

Un día después, César llegó a Vellaunodunum, uno de los pueblos amurallados de los senones. Las legiones empezaron el asedio del lugar y, al tercer día, los habitantes se rindieron y prometieron entregar sus armas, seiscientos rehenes y -la más importante necesidad inmediata del ejército- bestias de carga. En su avance, los romanos llegaron con prontitud a Cenabum, el lugar donde había comenzado la rebelión con la masacre de los mercaderes romanos. César llegó hasta allí en sólo dos días, sorprendiendo a las gentes de la ciudad que todavía no habían terminado los preparativos para resistir un asedio. Cuando llegaron las legiones ya era tarde, de manera que el procónsul decidió posponer su asalto hasta la mañana siguiente. Sin embargo, también ordenó a dos legiones que permanecieran en armas durante la noche, por si acaso los vecinos resolvían escapar hacia la otra

USO DIDÁCTICO

orilla del Loira. Sus sospechas resultaron correctas y, cerca de la medianoche, los exploradores romanos informaron de que varios grupos de personas se dirigían desde el pueblo hacia el puente que cruzaba el río. Apenas hubo resistencia cuando envió sus dos legiones hacia la ciudad, mientras que la congestión sobre el puente impidió a muchos de ellos escapar a la cautividad. César ordenó que saquearan el pueblo y luego lo quemaran, y se cree que hizo que la mayoría de los prisioneros fueran vendidos como esclavos. Después, cruzó el Loira y se lanzó contra los bituriges. Los romanos habían recuperado la iniciativa, forzando aVercingetórix a responder a sus acciones y no viceversa. El galo ya había abandonado su ataque contra los boyos y había regresado a toda prisa a ofrecer su protección a los bituriges. El ejército galo llegó en el preciso momento en que los romanos estaban aceptando la rendición del pueblo de Noviodunum, lo que indujo a sus habitantes a reanudar la lucha, expulsar a los centuriones y los pequeños grupos de soldados que habían atravesado las murallas. Se produjo un combate de caballería en los campos a las afueras del pueblo que los romanos ganaron cuando César envió su banda de cuatrocientos germanos. Este éxito menor, así como el hecho de que los romanos estaban cerca de los muros y el grueso del ejército galo a una cierta distancia, impulsó al pueblo de Noviodunum a cambiar de opinión una segunda vez, y se volvieron a rendir, entregando a los hombres responsables de la violación de la tregua. César reanudó su avance y se dirigió a Avaricum (actual Bourges), una de las poblaciones más importantes y, sin duda, la mejor defendida de los bituriges. Ahora que había recuperado la iniciativa, era esencial mantenerla y no darle al enemigo ninguna oportunidad de recuperarse."

Desde el principio,Vercingetórix albergaba serias dudas sobre sus posibilidades de vencer a las legiones en batalla, y la velocidad con la que los romanos habían tomado tres ciudades había confirmado su respeto por su capacidad ofensiva y de asedio, así que planeó seguir de cerca a su adversario y tender emboscadas a pequeños destacamentos, pero no arriesgarse a entablar un encuentro masivo. Su intención era privar a los romanos de suministros, y para hacerlo ordenó a sus seguidores que fueran absolutamente despiadados: «[...] que se descuidaran los intereses particulares, era necesario incendiar las aldeas y caseríos en todo el territorio adonde, durante su marcha, pudieran llegar los enemigos en busca de forraje».' Incluso pueblos enteros que no podían ser protegidos del enemigos debían ser destruidos para impedir que las legiones se hicieran con las reservas de alimentos que contenían. En respuesta a esta orden, los bituriges prendieron fuego a veinte de los principales asentamientos.Vercingetórix argumentó que, por muy terrible que eso fuera, la alternativa era la muerte para los guerreros y la esclavitud para sus familias. Su estrategia era considerablemente más sofisticada que las empleadas por anteriores adversarios de César y es evidente queVercingetórix debe haber poseído bastante carisma y carácter para persuadir a sus partidarios de la necesidad de medidas tan severas. Es sorprendente cuánto estaban dispuestas a sacrificar las tribus, pero no que, en ocasiones, rehusaran aceptar las condiciones. Después de que todos los líderes de los bituriges suplicaran por su salvación, Avaricum no resultó destruida. A regañadientes,Vercingetórix hizo una excepción con esta población, aunque no creía como ellos que sus defensas naturales y artificiales la hicieran

USO DIDÁCTICO

Es indudable que Avaricum era un objetivo más complejo que las ciudades que habían conquistado con tanta facilidad las pasadas semanas. Al estar rodeada por un río o marismas por la mayoría de sus lados había sólo una ruta práctica para el asalto, y era casi imposible levantar un bloqueo sólido. El ejército de César acampó al pie de esta pendiente y comenzó a construir una rampa que les permitiera alcanzar el muro. Los legionarios también fabricaron manteletes y refugios para proteger a los trabajadores a medida que se fueran aproximando al enemigo, y dos torres de asedio para ascender la rampa cuando estuviera terminada. Lo más posible es que las ocho legiones de César estuvieran mermadas, de forma que contaba quizá con veinticinco mil o treinta mil hombres, junto con unos pocos miles de auxiliares y muchos más esclavos y seguidores del campamento. Era muy dificil abastecer esa fuerza mientras estaba avanzando. Cuando se dispusieron a sitiar Avaricum, la tarea resultó casi imposible: salir a encontrar comida era improductivo y peligroso, ya queVercingetórix estaba acampado a menos de veintiséis kilómetros de distancia y fueron tras todos los destacamentos que enviaron los romanos, aniquilando a aquellos grupos que quedaban desprotegidos. El procónsul mandó repetidos mensajes a los eduos y los boyos para pedirles que enviaran convoyes de provisiones, pero los víveres que llegaron fueron muy escasos. Los eduos no mostraron mucho entusiasmo a la hora de emprender esta tarea -quizá en parte- porque habían sido una de sus principales fuentes de suministro desde 58 a.C. Los boyos seguían estando agradecidos por su respaldo, pero eran un pueblo demasiado pequeño para contar con mucho excedente de grano disponible. La estrategia de Vercingetórix de arrasar todo lo que pudiera serle útil a César estaba empezando a hacerse sentir. En un momento dado, los romanos agotaron por completo sus provisiones de grano, pero, afortunadamemente, los recolectores habían traído suficientes reses para sacrificarlas y contar con una ración de carne. César alabó a sus hombres por la fortaleza que demostraban al seguir trabajando pese a recibir sólo una exigua y monótona cantidad de alimento. (El persistente mito de que los legionarios romanos eran vegetarianos se basa en un malentendido respecto a este y otro par de pasajes. Por lo general, comían una dieta equilibrada de carne, grano y verduras. Lo excepcional en este caso era que estaban recibiendo sólo carne, no que la estuvieran comiendo).14

USO DIDACTICO

A pesar de la escasez y de la vigilante amenaza del principal ejército galo -porque Vercingetórix se mantenía en estrecha comunicación con los defensores de la ciudad-, los legionarios seguían trabajando en las construcciones de asedio. César iba recorriendo las líneas mientras trabajaban, inspeccionando las obras y animando a los hombres. En varias ocasiones les ofreció abandonar el asedio y retirarse si sentían que la tarea les superaba. Era una manera inteligente de sacar beneficio del orgullo de los legionarios y sus unidades, ya que nadie deseaba que los demás vieran que era el primero que se daba por vencido. Los hombres le imploraban que les dejara terminar la labor antes que sufrir la vergüenza de rendirse. El recuerdo de la masacre de los romanos en Cenabum seguía vivo y provocaba una ira generalizada. César nos cuenta que los soldados pedían a sus oficiales que, al hablar con él, hicieran hincapié en su determinación de continuar y su fe absoluta en la victoria. Para entonces la rampa había crecido, aunque todavía no estaba suficientemente cerca para que los arietes hicieran una brecha.

No sólo eran los romanos los que tenían que hacer frente a problemas de abastecimiento, el campamento galo también sufría una grave escasez. En parte se debía simplemente a la estación y a la necesidad de permanecer en un lugar, pero también subraya la falta de organización logística de los ejércitos tribales.Vercingetórix era mejor comandante que la mayoría de líderes galos y su ejército era más flexible y estaba mejor preparado que la fuerza tribal media, pero seguía estando muy a la zaga del ejército romano en esos aspectos. Puede que el progreso del sitio le hiciera sentir que necesitaba una nueva victoria para alentar a sus hombres. El ejército galo se aproximó un poco más al pueblo.A continuación, Vercingetórix se puso a la cabeza de sus tropas de caballería y de infantería ligera con la esperanza de tender una emboscada a los recolectores romanos. César descubrió sus intenciones, ya fuera por las patrullas, los prisioneros o los desertores, y lanzó al grueso de su ejército para amenazar el campamento galo. El enemigo formó para enfrentarse a él, pero la posición de los galos era demasiado fuerte para atacar sin sufrir excesivas bajas. Los legionarios estaban deseosos de combatir, animados por su historial de éxitos y abrumados por la frustración causada por el duro trabajo y las escasas raciones. César les explicó que no sufriría bajas innecesariamente, porque «estimaba la vida de ellos más que la propia». Los romanos observaron al enemigo durante un tiempo y, a continuación, marcharon de vuelta al campamento. La amenaza había bastado para lograr que Vercingetórix cambiara de planes y regresara a su fuerza principal. César había dejado claro que no podía ejercer tanta presión si no estaba dispuesto a pelear. Por un tiempo, hubo disensiones en el ejército galo, algunos incluso alegaban que Vercingetórix estaba confabulado con los romanos y deseaba ser erigido rey de toda Galia con el respaldo de César. Es más que posible que los dos hombres se hubieran conocido y muy probable que Vercingetórix hubiera gozado incluso de algunos favores de César cuando cultivaba el trato con la aristocracia arverna. Al final, les calmó mostrándoles unos esclavos romanos que había capturado y diciendo que eran legionarios. Los esclavos habían sido aleccionados para contar una historia lastimera de las penurias y escaseces del campamento romano. Tras convencer a los hombres de lo acertado de su plan, él y los demás jefes seleccionaron a diez mil guerreros y los enviaron a reforzar Avaricum.15

USO DIDÁCTICO

Los asedios eran pruebas de ingenio además de demostraciones de determinación. Parte de la importancia de Avaricum procedía de las minas de hierro de la zona, por lo que había mineros especializados disponibles para tratar de socavar la rampa romana. Otros hombres trabajaban en la fabricación de torres de madera para reforzar el muro y seguían añadiendo madera a medida que los romanos incrementaban la altura de sus propias máquinas. Cuando el defensor o el atacante obtenían una ventaja, el otro intentaba idear una forma de arrebatársela. No obstante, al final los romanos contaban con más destreza en las obras de ingeniería y, a pesar de las frecuentes incursiones destinadas a incendiarlas, veinticinco días después, la rampa estaba prácticamente completa. En general, medía cien metros de ancho y veinticinco de altura y casi había alcanzado el muro del pueblo, de modo que los arietes pronto estuvieron situados en las torres. Esa noche los defensores prendieron fuego a los soportes de madera con el fin de hacer caer la rampa o quemarla. En la madrugada, los centinelas romanos vieron humo saliendo de la rampa, casi de inmediato se oyó un grito que subía desde el muro y dos grupos de defensores cargaron desde puertas separadas llevando

antorchas hasta material incendiario, además de armas. Obedeciendo órdenes de César, dos legiones debían velar durante las horas de oscuridad y más tropas romanas fueron en su ayuda cuando estalló un furioso combate en el que las fuerzas avanzaban y retrocedían alternativamente. Algunos de los legionarios rechazaron al enemigo, mientras que otros arrastraron las torres hasta ponerlas a buen recaudo, aunque no lograron salvar algunos de los manteletes y refugios de la parte superior de la rampa. Era una lucha desesperada y en los Comentarios César hace una de esas raras menciones de un incidente menor del que fue testigo. Un guerrero galo se situó cerca de una de las puertas de la ciudad y comenzó a arrojar trozos de brea y sebo contra las obras romanas. Fue asesinado por la saeta lanzada por un escorpión: una de las piezas de artillería ligera romana que arrojaba su proyectil con gran precisión y tremenda fuerza. Tan pronto como cayó, otro ocupó su lugar, y luego otro y otro más, pues cada uno de ellos resultó derribado por una saeta de la misma ballesta. Es evidente que César se sentía impresionado por su valor, algo que los Comentarios nunca intentaron negarle a los galos, aunque César tendía a describir ese valor como algo inferior a la disciplinada valentía de las legiones.`

Tras una dura lucha, los defensores tuvieron que retirarse al interior de sus murallas, sin haber logrado causar suficiente daño para suponer un grave obstáculo para los romanos. Un día después, obedecieron con gusto a Vercingetórix cuando les instó a escapar del pueblo. Al abrigo de la oscuridad, los guerreros trataron de escabullirse de la ciudad y abrirse paso a través de las marismas hasta el ejército principal. El intento fracasó cuan do sus familias, a las que habían abandonado, se percataron de lo que estaba ocurriendo y empezaron a lanzar tales gritos que los guerreros temieron que descubrieran su propósito. Al día siguiente -el veintisiete del asedio- los legionarios completaron la rampa. Llovía mucho y César decidió asaltar de inmediato, pensando que era posible que los sitiados hubieran bajado sus defensas. Se dieron órdenes para el asalto y se efectuaron los preparativos necesarios: las tropas atacantes formaron resguardados por los refugios de las máquinas de asedio para ocultar la intención de los romanos. Los generales romanos siempre estaban dispuestos a alentar la audacia individual y el procónsul prometió fabulosos premios a los primeros hombres que saltaran las murallas. A una señal, los hombres surgieron repentinamente de su escondite y cargaron, reduciendo a los desprevenidos defensores y apoderándose de las murallas. Unas cuantas partidas de galos formaron en áreas abiertas como la zona del mercado, pero su coraje se vino abajo cuando vieron a grandes cantidades de romanos apareciendo por las murallas. A lo largo de la historia, las tropas que han asaltado una posición fortificada a menudo han tendido a causar graves estragos una vez que consiguen entrar. Los asedios siempre han sido operaciones difíciles y peligrosas, el propio asalto aún más arriesgado y con frecuencia resultaba dificil que los hombres que habían soportado ambas cosas se calmaran una vez dentro, sobre todo porque en las estrechas calles ya no eran vigilados por sus oficiales. Cuando se asaltaba un pueblo lo normal era asesinar a cualquiera que opusiera la más mínima resistencia y violar a las mujeres. Esta vez los soldados tenían un ánimo todavía más fiero de lo habitual en tales ocasiones. César cuenta que los legionarios «hasta tal punto estaban enfurecidos por la matanza de Cenabo y por las fatigas del asedio, que no perdonaron ni a ancianos, ni a mujeres, ni a niños. Finalmente, de toda aquella

USO DIDÁCTICO

multitud, que casi llegaba a los cuarenta mil, apenas ochocientos, que al oír los primeros gritos habían salido de la ciudad, llegaron incólumes a

Aproximadamente un siglo antes Polibio había descrito cómo, en ocasiones, los romanos masacraban con deliberación a los habitantes de un pueblo capturado, asesinando incluso a los animales que encontraban a su paso, con el fin de inspirar terror y persuadir a futuros enemigos de que les convenía rendirse y lograr así que el asalto resultara innecesario. No hay razón por la que César no nos lo hubiera contado si hubiera or denado la aniquilación de la población de Avaricum como un aviso. Había hablado abiertamente de otras masacres y ejecuciones en masa y ningún lector romano se sentiría demasiado disgustado por la suerte de unos enemigos extranjeros. Por lo visto, aquella salvaje matanza fue provocada por la pura rabia por parte de los legionarios, que estaban frustrados y cansados tras un asedio dificil, en el frío del invierno y con escasísimas provisiones. La masacre de los habitantes -aunque tal vez no fuera exactamente tan absoluta como afirma César, el número de víctimas debió de ser muy alto- no les beneficiaba desde una perspectiva pragmática, ya que cada defensor asesinado era un esclavo menos que vender para enriquecimiento de todos. Dicho esto, César no parece haber hecho ningún esfuerzo por detener a sus hombres, aunque es muy discutible que lo hubiera logrado en cualquier caso."

REVÉS EN GERGOVIA

César permitió que su ejército descansara durante varios días después del saqueo de Avaricum. Descubrieron considerables reservas de grano y otras provisiones dentro del pueblo, lo que alivió en buena medida la situación del abastecimiento. Acababa de empezar la primavera y la labor de recolección era ahora más práctica. Las dos legiones que quedaron al cargo del bagaje marcharon a unirse a la fuerza principal. César estaba deseoso de reanudar la ofensiva para impedir queVercingetórix recuperara la iniciativa, pero recibió una petición de los eduos que no podía permitirse pasar por alto: dos hombres sostenían haber sido elegidos magistrados supremos de la tribu en el puesto de Vergobret. Evidentemente, la disensión entre los jefes de su mayor y más importante aliado tribal era peligrosa durante una rebelión, puesto que era probable que un bando o el otro solicitara el apoyo de Vercingetórix. Teniendo en cuenta que el Vergobret no estaba autorizado a abandonar el territorio de la tribu en su año de mandato, César se dirigió urgentemente hacia el sur para reunirse con los rivales. Esta restricción, sumada al temor de ofender a un aliado en ese momento, le convencieron de que no podía pedirles que fueran ellos los que se desplazaran. El procónsul determinó cuál de ellos era el magistrado legítimo tras descubrir que la ley de la tribu impedía a su adversario acceder al puesto.A continuación, solicitó a la tribu que le proporcionara tantos jinetes como les fuera posible, así como diez mil soldados de infantería para defender las líneas de suministro. Labieno se dirigiría hacia el norte con cuatro legiones para enfrentarse con los senones y los parisios, mientras que él marcharía con las otras seis hacia el sur y atacaría a los arvernos. Era a todas luces peligroso dividir sus recursos de este modo, pero en vista de que los

USO DIDÁCTICO

rebeldes se mostraban reacios a iniciar una batalla campal, consideró que era un riesgo asumible. Los rebeldes no tenían una capital única, ni siquiera un ejército unido cuya derrota pudiera moverles a rendirse. A pesar del carisma de Vercingetórix, las tribus que acaudillaba eran ferozmente independientes y sería necesario subyugarlas a todas. Si dejaban un área rebelde libre de ataques, sólo conseguirían que la confianza y el número de insurrectos se acrecentara, y, probablemente, estos animarían u obligarían a más pueblos vecinos a unirse a ellos.19

En aquella breve tregua Vercingetórix había tenido tiempo para recobrarse de la pérdida de Avaricum. En varios sentidos, la derrota reforzaba su propio prestigio, ya que, desde el principio, él se había opuesto a defender la ciudad y había transigido a regañadientes. Su plan seguía siendo más o menos el mismo, hostigar más que enfrentarse abiertamente a César y su ejército, e intentar convencer a más jefes y tribus de que se unieran a su causa. Mientras los romanos marchaban a lo largo del río Allier, Vercingetórix avanzaba siguiendo su ritmo desde la orilla opuesta y enviaba a sus hombres a echar abajo todos los puentes y a vigilar todos los lugares donde podría construirse uno nuevo. César necesitaba cruzar el río para amenazar Gergovia, la ciudad donde Vercingetórix se había declarado por primera vez líder de los arvernos, pero en aquella época del año un ejército no podía vadear las aguas. Aquel día, la columna romana acampó en una zona boscosa próxima a uno de los puentes destruidos. Cuando las tropas se pusieron en marcha a la mañana siguiente, César se quedó atrás con dos legiones ocultas tras los árboles, mientras que había dividido las filas de las otras cuatro, «teniendo cuidado de que las legiones parecieran íntegras». Los galos no sospecharon nada cuando vieron avanzar a la columna romana y, al cabo de las horas, levantó su campamento del mismo modo que habían hecho en días anteriores.A su vez, los galos avanzaron, dispuestos a seguir arrebatando al enemigo todos los lugares de paso del río que aparecieran en su camino. Sin embargo, al final del día, cuando calculaba que la fuerza principal se habría detenido, César salió con sus dos legiones de detrás de los árboles y les ordenó que construyeran un puente. Cuando lo terminaron, lo atravesaron y empezaron a cavar la fosa y a alzar el muro de un campamento. Enviaron a unos mensajeros para indicarle a la fuerza principal que debía regresar. Para cuando Vercingetórix descubrió lo que había pasado, era demasiado tarde para hacer nada al respecto. Se alejó del río, ansioso por aumentar la distancia entre César y sus propias tropas, ya que, dado que su plan continuaba siendo evitar la batalla, no le interesaba permanecer demasiado cerca. No obstante, César le siguió y en cinco días llegó a Gergovia.zo

El procónsul salió a caballo para inspeccionar la posición enemiga y pronto se dio cuenta de que era fuerte: la ciudad se asentaba sobre una colina y Vercingetórix había acampado con su ejército en el ondulado terreno que se extendía frente a ella, asignando a cada contingente tribal una posición para defender. El asalto directo parecía impracticable y sin duda resultaría costoso. Podían obligar a los galos a someterse a causa del hambre, pero los romanos no podían organizar un bloqueo efectivo hasta que no hubieran puesto a buen recaudo sus propias reservas de alimento. Un convoy de los eduos estaba de camino, pero todavía no había llegado a manos del ejército. Mientras aguardaba, César lanzó un ataque nocturno para capturar uno de los puestos de avanzada galos, lo que le situaba

USO DIDÁCTICO

en una posición desde la que podía amenazar el suministro de agua y el acceso a los víveres. En aquel lugar se construyó un campamento de menor tamaño que ocuparon dos legiones y que estaba conectado al principal por una ruta flanqueada por dos profundas zanjas. Ambos bandos se observaban con cautela y, ocasionalmente, enviaban a sus jinetes y a la infantería ligera a entablar escaramuzas, pero ninguno de los dos deseaba iniciar una batalla campal.Vercingetórix celebraba reuniones diarias con sus jefes y, por el momento, seguía imponiendo un nivel de na desacostumbradamente elevado en un ejército

La lealtad de los eduos estaba empezando a vacilar. Convictolitavis -el hombre cuyo derecho al cargo de Vergobret César había confirmado- estaba en contacto clandestino con representantes de los arvernos y había aceptado regalos suyos. Instigado por él, un jefe llamado Litavico, que comandaba los diez mil guerreros que escoltaban el convoy de vituallas para las legiones de César, resolvió volverse contra sus aliados roma nos.Tras detener el convoy cuando se encontraba a cuarenta y ocho kilómetros de Gergovia, anunció a sus hombres que la caballería edua que servía con César había sido ejecutada en su totalidad acusada de negociar con el enemigo. Su única opción era unirse aVercingetórix y salvarse así de un destino similar. Al igual que el jefe arverno, se dice que Litavico presentó ante los soldados a unos hombres que fingieron ser supervivientes de la matanza y que contaron una espantosa historia de cómo les habían traicionado los romanos. La artimaña funcionó y los eduos se lanzaron contra los romanos que acompañaban a la columna, torturándoles hasta la muerte y robando la comida que habían estado protegiendo. Cuando los jefes eduos que dirigían la caballería que acompañaba al ejército de César fueron informados de lo sucedido, uno de ellos fue directamente a contarle al procónsul lo que había averiguado. Enseguida, César partió con cuatro legiones completamente equipadas, animando sin cesar a las tropas hasta que lograron cubrir cuarenta kilómetros y tuvieron a los hombres de Litavico a la vista. El procónsul mandó a los jinetes eduos que se adelantaran, instándoles a que se mostraran ante los miembros de su tribu para destapar las mentiras de Litavico. Los guerreros de la escolta se rindieron con presteza, mientras que Litavico y su séquito huyeron en dirección a Vercingetórix, para unirse a él. Dando a sus legionarios sólo tres horas de reposo, César ordenó a los fatigados hombres que regresaran a marcha forzada a las posiciones a las afueras de Gergovia. Por el camino se toparon con unos emisarios enviados por Fabio, el legado que quedó al cargo de las dos legiones que aguardaban junto a la ciudad. Su mensaje informaba de que habían sufrido un fuerte ataque a lo largo del día y, con dos legiones para cubrir las posiciones concebidas para seis, a duras penas habían conseguido preservar las suyas, gracias al respaldo del poder de su artillería. César apretó el paso y logró llegar a los campamentos con sus tropas antes del amanecer: su presencia bastó para disuadir aVercingetórix de lanzar otro ataque directo sobre las posiciones romanas."

César había enviado unos mensajeros para tranquilizar a los eduos, pero los emisarios mandados por Litavico llegaron antes e indujeron a Convictolitavis a alzar a su pueblo contra Roma. En la población de Cabillonum, un tribuno militar y algunos mercaderes romanos fueron persuadidos de que debían marcharse y, a continuación, fueron agredidos por una turba. Cuando

USO DIDÁCTICO

estaban llegando más y más guerreros galos para con seguir su parte del botín, se presentaron los mensajeros de César y les comunicaron que sus jinetes y los diez mil hombres de infantería se encontraban en el campamento de César, es decir, que no sólo eran todavía leales a Roma, sino que de hecho estaban en su poder. Los líderes eduos expresaron su arrepentimiento oficial ante sus acciones y culparon al vulgo de su tribu. Por el momento, César se contentó con recordarles simplemente sus pasados favores y exhortarles a reafirmar su lealtad, pero, en su fuero interno, sabía que la alianza con Roma colgaba del más delgado de los hilos. Su posición había dejado de ser ventajosa. Aunque, al lanzar una ofensiva, había recuperado la iniciativa por un tiempo, ahora estaba atrapado a las afueras de Gergovia sin recursos para expulsar a Vercingetórix y su ejército o tomar el pueblo. Si se quedaba donde estaba, no conseguiría nada, pero si se retiraba, el desprestigio sería enorme. Desde que, meses antes, asaltara el territorio de los arvernos desde la Galia Transalpina, había seguido atacando y avanzando casi sin pausa. En un sentido práctico, su actuación había forzado aVercingetórix a reaccionar, pero aún más importante era la impresión que transmitía de absoluta confianza en el supremo poder de Roma y en la inevitabilidad de su victoria final. Poco importaba si la impresión era en gran parte una fachada, seguía actuando poderosamente sobre las mentes de aquellos que todavía no habían decidido si debían unirse o no a la rebelión. Cuando César dejara de avanzar y comenzara a retirarse, la ilusión de la invencibilidad romana se desvanecería. La retirada ante el enemigo era siempre una operación peligrosa y, en este caso, parecería la aceptación del fracaso y probablemente convencería a las tribus que todavía no estaban comprometidas de que la rebelión tendría éxito. No obstante, les permitiría reagruparse y añadir las cuatro legiones de Labieno a sus tropas y, con diez legiones, contaría con la fuerza suficiente para conquistar Gergovia. César eligió el menor de los males y decidió replegarse, pero primero esperaba poder ganar una victoria menor que hiciera que su partida no pareciera tanto una retirada.23

Mientras inspeccionaba el fortín más pequeño, el procónsul notó que una de las colinas, que había estado llena de galos en días previos, ahora se hallaba prácticamente vacía. Tras interrogar a algunos de los muchos desertores que habían llegado a las líneas romanas, averiguó queVercingetórix estaba muy preocupado de que los romanos pudieran tomar una de las otras lomas, por lo que se había llevado a casi todos sus hombres para fortificarla. César aprovechó la oportunidad para alimentar la inseguridad del adversario: esa noche envió a varias patrullas de caballería para observar la colina que el jefe galo estaba fortificando y dijo a los jinetes que hicieran más ruido de lo habitual para asegurarse de que los galos eran conscientes de su presencia.A la mañana siguiente montó a grandes cantidades de esclavos del ejército en mulas y caballos de cargas, les entregó cascos e, incluyendo en el grupo algunos jinetes auténticos para que el engaño resultara más verosímil, los envió a todos al mismo lugar por una ruta indirecta. Más tarde, una legión los siguió, pero se detuvo en un terreno oculto a la vista del enemigo y se resguardaron en una zona de bosques. Cuando la atención de los galos se centró en el lugar donde habían previsto y temido que se produjera el ataque, César observó cómo sus fuerzas se desplazaban en aquella dirección para hacerle frente y, entonces, llevó sin hacer ruido a sus legiones al campamento menor, con instrucciones de mantener sus escudos a cubierto y esconder sus penachos. No avanzaron como

USO DIDÁCTICO

cohortes organizadas, sino en grupos, a un ritmo irregular, moviéndose como si no tuvieran ningún propósito. César dio instrucciones a los legados a cargo de cada legión y les explicó lo que quería que hicieran, haciendo hincapié en que debían contener «a los soldados, no sea que por el deseo de combatir o por la codicia del pillaje se adelanten demasiado».14

A una determinada señal, las legiones subieron la colina al ataque, mientras que los eduos subían por la ladera opuesta de la misma cima. Cada uno de los grupos ascendió lo mejor que pudo, pero la ladera de la loma estaba interrumpida por entrantes y en muchos momentos era dificil para un grupo ver a los otros. Había muy pocos guerreros galos y los legionarios escalaron sin dificultad el muro de piedras apiladas de casi dos metros que los galos habían construido a medio camino. El obstáculo no retrasó demasiado a los romanos, pero debió de causar un cierto desorden en las formaciones, que empeoró cuando cargaron a través de los campamentos galos que salpicaban la pendiente. El rey de una tribu que se había pasado recientemente aVercingetórix fue sorprendido en su tienda y estaba sólo a medio vestir cuando logró alejarse al galope. César luchaba con la décima legión y, cuando decidió que el asalto había infligido suficiente daño, detuvo a sus hombres y ordenó a los trompetas que tocaran retreta. El sonido no llegó bien. Algunos oficiales lo oyeron y trataron de hacer obedecer a los legionarios, pero la mayoría de ellos siguió adelante, dejando atrás los campamentos y lanzándose contra los propios muros de la ciudad. En anteriores ocasiones habían arrollado y destruido a oponentes mucho más numerosos en similares ataques sorpresa, y tal vez los recuerdos de aquellos triunfos les espoleaban. Por un tiempo, realmente parecía que Gergovia podía caer, ya que en aquel punto había muy pocos defensores y los habitantes fueron presa del pánico:

> Las mujeres arrojaban desde la muralla vestidos y plata, y, descubiertos los pechos, tendían las manos a los romanos, suplicándoles que tuvieran piedad de ellas y no hicieran como en Avárico, donde ni siquiera a las mujeres y a los niños habían respetado. Algunas, dándose la mano para descolgarse por el muro, se entregaban a los soldados. centurión de la legión octava, a quien los suyos habían oído decir aquel día que, estimulado por los premios otorgados en Avárico, no permitiría que nadie escalase antes que él el muro, cogiendo a tres de sus soldados, y ayudado por ellos, subió a la muralla. A su vez tendió la mano a cada uno de ellos y les ayudó a subir.21

En aquel momento, los galos que trabajaban en las fortificaciones más allá del extremo más lejano de la ciudad oyeron el ruido del ataque romano y se percataron de que les habían engañado. Además, empezaron a llegar mensajeros que transmitían a Vercingetórix las súplicas de auxilio de la gente del pueblo. Ordenó a sus jinetes que regresaran para enfrentarse a los romanos y los guerreros a pie salieron detrás de ellos. Cuando les vieron llegar, la idea de claudicar fue desterrada de las mentes del pueblo y las mujeres comenzaron ahora a implorar a sus maridos desde los muros que las salvaran. El asalto romano había perdido ímpetu: los hombres estaban fatigados, en desorden y no estaban preparados para luchar con adversarios descansados. Muchos se aterrorizaron cuando los eduos aparecieron de repente a su lado, confundiéndoles con galos hostiles porque en la exaltación de la lucha no se dieron cuenta de que su hombro derecho estaba desnudo, que era el distintivo

USO DIDÁCTICO

establecido para los aliados galos en el ejército de César. La euforia del éxito pronto se tornó amargura:

> Mientras tanto, el centurión L. Fabio y los que con él habían escalado el muro, rodeados y muertos, son precipitados desde la muralla. M. Petronio, centurión de la misma legión, mientras intentaba romper las puertas, se vio rodeado por la multitud y, perdiendo la esperanza de vivir, por haber recibido ya muchas heridas, dijo a los suyos que le habían seguido: «Puesto que no puedo salvarme con vosotros, por lo menos aseguraré vuestra vida, ya que, atraído por el ansia de gloria, os he metido en este peligro. Vosotros aprovechad la ocasión de poneros a salvo». Diciendo esto se lanza al medio de los enemigos y, matando a dos, aleja un poco de la puerta a los restantes. Como intentasen socorrerle los suyos, «en vano -les dijo-, os esforzáis por salvar mi vida, pues ya no me quedan sangre ni fuerzas. Por consiguiente, marchad de aquí mientras podáis hacerlo e incorporaos a la legión». Luchando así, cayó momentos después, pero salvó a los suyos.`

Poco podía hacer César aparte de cubrir la retirada, utilizando la décima legión y ordenando con rapidez las cohortes de la decimotercera que habían quedado atrás para proteger el campamento menor. Así impidió que los galos les persiguieran hasta muy lejos, pero, con todo, hubo numerosas víctimas: cerca de setecientos soldados y no menos de cuarenta y seis centuriones habían perdido la vida. Los centuriones dirigían desde el frente y solían sufrir un porcentaje de bajas desproporcionadamente alto, en especial si las cosas iban mal. El día posterior a la derrota, César hizo formar a las legiones y les habló, alabando su valor pero reprendiéndoles con severidad por su falta de disciplina. Para concluir, les aseguró que sólo habían perdido debido a la dificultad del terreno, las defensas del enemigo y su desobediencia de las órdenes: la capacidad ofensiva de los galos había tenido muy poco que ver. Para hacer que el mensaje calara, durante los siguientes dos días seleccionó una buena posición -probablemente en una cima- y desplegó las tropas en orden de batalla, desafiando a Vercingetórix a salir y pelear. Cuando el líder galo se mostró remiso a arriesgarse a batallar en un terreno favorable al adversario, César pudo asegurarle a sus hombres que el enemigo seguía temiéndoles. Al día siguiente partió hacia las tierras de los eduos en vez de por el camino por el que había venido. Los romanos alcanzaron el Allier en tres días, reconstruyeron otro de los puentes destruidos y cruzaron. El ejército galo no hizo ningún intento serio de detenerlos. César ya había decidido que debía aceptar la mala impresión causada por una retirada; sus esfuerzos de atenuarla con una victo ria simbólica terminaron en un fracaso del que pronto corrió la voz y, a lo largo de las siguientes semanas, más tribus se unieron a la revuelta abiertamente. Los eduos fueron de los primeros. Los jefes de la caballería que servía a César le pidieron permiso para ir a casa y él se lo concedió, ya que, aunque ya no confiaba en ellos, no quería empeorar la situación reteniéndolos contra su voluntad y alimentando así nuevas historias de «traiciones» romanas.

Poco después, los eduos aniquilaron en Noviodunum una pequeña guarnición romana y a los comerciantes romanos que estaban allí. Fue un revés doblemente terrible, porque la ciudad contaba

USO DIDÁCTICO

no sólo con enormes depósitos de grano para abastecer al ejército, sino también con la principal parte del bagaje, con sus registros y los rehenes de las diversas tribus. Al considerar que no podían defender la posición, los eduos prendieron fuego a la ciudad, llevándose o estropeando todo el grano. Después, utilizaron a los rehenes para empezar a negociar con las demás tribus.Vercingetórix y los jefes de todo el país fueron convocados en Bibracte. Allí, los eduos intentaron sin éxito que uno de lo suyos fuera elegido para sustituir al arverno como comandante en jefe. Con bastante renuencia, aceptaron obedecerle por el bien común. Ahora, casi todas las tribus celtas o galas se habían alineado contra César, y la mayoría de los pueblos belgas se les habían unido también. Vercingetórix había resuelto insistir en su estrategia de evitar la batalla y, en vez de eso, hostigar a los romanos e impedir que consiguieran comida para sus hombres y forraje para sus animales. La ga militar romana denominaba a este estilo de lucha «patear al enemigo en el estómago».Vercingetórix mantuvo el mismo número de soldados de infantería que ya tenía con él y le pidió a las tribus que le entregaran más jinetes para incrementar su fuerza hasta los quince mil. Para dividir el esfuerzo de los romanos, dispuso que los eduos y demás tribus lanzaran nuevos ataques sobre la Galia Transalpina, con la esperanza de que los pueblos de aquella zona -en especial los alóbroges, que se habían rebelado sólo una década antes- se unieran a la rebelión."

Al tener noticias de la deserción de los eduos, César se dirigió con urgencia hacia el norte en un esfuerzo por reunirse con el mando de Labieno.A marcha forzada, llegó al Loira inesperadamente y logró vadear el río a pesar que las aguas estaban crecidas por la nieve del invierno. Los jinetes formaron una cadena de legionarios que vadearon el río contra co rriente con el agua por el pecho y transportando su equipo en los escudos que sostenían sobre sus cabezas. Unos días más tarde se le unió Labieno, que acababa de obtener una victoria cerca de Lutecia (París). El ejército de campaña romano volvía a estar concentrado y sus diez legiones probablemente sumaban una cifra entre los treinta y cinco y los cuarenta mil hombres, con el apoyo de algunos auxiliares. Incapaz de obtener demasiados jinetes de sus cada vez más escasos aliados galos, César envió a unos mensajeros al otro lado del Rin para pedir a las tribus germanas caballería y su infantería ligera de apoyo. Cuando llegaron, reemplazó los pequeños caballos germanos con mejores monturas que tomó de sus tribunos y otros oficiales ecuestres, así como de soldados veteranos más acomodados que habían sido rellamados a filas. Los ataques contra la Galia Transalpina eran preocupantes y César dirigió al ejército a través de las fronteras de los lingones y se adentró en el territorio de los sécuanos para poder estar más cerca de la provincia. Llegado el momento, los asaltos fueron repelidos por los reclutas de la provincia y las propias tribus, todos a las órdenes de su primo lejano Lucio julio César, un miembro de la otra rama de la familia que había sido cónsul en y en aquel momento estaba sirviendo como legado. Sin embargo, por el momento la iniciativa volvía a estar en manos deVercingetórix y el líder galo decidió que iba a empezar a presionar más a los romanos: con su enorme fuerza de caballería atacaría a las legiones durante la marcha, mientras estaban cargados con su bagaje. El enemigo no tendría más alternativa que abandonar los carros y acelerar la marcha o bien protegerla y verse obligado a avanzar a paso de tortuga, complicando aún más los problemas de suministro. En un impulso espontáneo, los guerreros juraron no «recibir en su casa ni permitir que

USO DIDACTICO

vuelva a ver a sus hijos, ni a sus padres, ni a su esposa» al que no hubiera cruzado dos veces a caballo la columna romana. Al día siguiente, la caballería gala atacó en tres grupos: uno golpeó la cabeza de la columna y los otros amenazaron los flancos. Los jinetes de César se hallaban en clara minoría, pero se dividieron igualmente en tres grupos y movilizaron a la infantería como respaldo cada vez que se vieron en apuros. Los legionarios no podían alcanzar a los jinetes enemigos, pero proveían de un sólido bloque a sus propios jinetes tras el cual recuperarse y volver a formar. Al final, los germanos salieron airosos del combate, arrollando a los guerreros a los que se enfrentaron y forzando al resto a retirarse. Los romanos salieron en pos del adversario, dos legiones quedaron atrás para proteger el bagaje mientras las otras ocho seguían de cerca a la caballería. Los galos sufrieron innumerables bajas. César cuenta que recibió con considerable satisfacción la noticia de la captura de varios eduos notables, entre los que se contaban dos jefes que habían luchado a sus órdenes a principios de año, así como el hombre cuya reivindicación del puesto deVergobret había rechazado. No menciona cuál fue su destino.`

CLÍMAX: EL SITIO DE ALESIA

La suerte de la campaña había cambiado de nuevo:Vercingetórix se había equivocado al juzgar la situación, creyendo que César se estaba retirando y que necesitaba hostigarle sin compasión si quería evitar que los romanos retornaran en el futuro con mayor fuerza. De hecho, César y sus hombres no estaban vencidos, ni mucho menos, y enseguida volvieron a la ofensiva ahora que el ejército galo estaba cerca y les proporcionaba un claro objetivo.Vercingetórix se replegó y acampó a las afueras de Alesia (el actual Monte Auxois en las laderas de la Cóte d'Or), una de las poblaciones de los mandubios situada en la cumbre de una colina. Un día después, César levantó su campamento frente a la ciudad y salió a reconocer el terreno. La ciudad estaba ubicada en una larga ladera de acusadas pendientes.Al oeste se extendía una amplia y abierta llanura, pero en los otros tres lados había terreno elevado, cruzado por varios valles. En conjunto, estas lomas y colinas tenían una forma aproximada de media luna y un arroyo discurría por el norte y el sur de la colina central de Alesia. Un asalto directo sería arriesgado y provocaría numerosas bajas tuviera o no tuviera éxito, dado queVercingetórix y sus hombres tenían la ventaja del terreno. César sostiene que ahora contaba con ochenta mil soldados de infantería además de su caballería, pero, como era habitual, es dificil saber hasta qué punto esta cifra es fiable. Napoleón se mostraba escéptico y dudaba que los galos pudieran superar a los romanos en número. Aunque la cifra fuera correcta, el ataque directo era una opción poco atractiva, aunque, en otros aspectos, la situación era muy diferente de la de Gergovia. En esta ocasión, César disponía de la totalidad de su ejército y, observando el terreno, confiaba en poder cercar y bloquearAlesia y el ejército galo.`

Los romanos iniciaron la construcción de un conjunto monumental de obras para el asedio, con una muralla que medía dieciocho kilómetros e incluía veintitrés fortines, así como campamentos de considerable tamaño donde los soldados podrían descansar. Los galos no permitieron que las obras

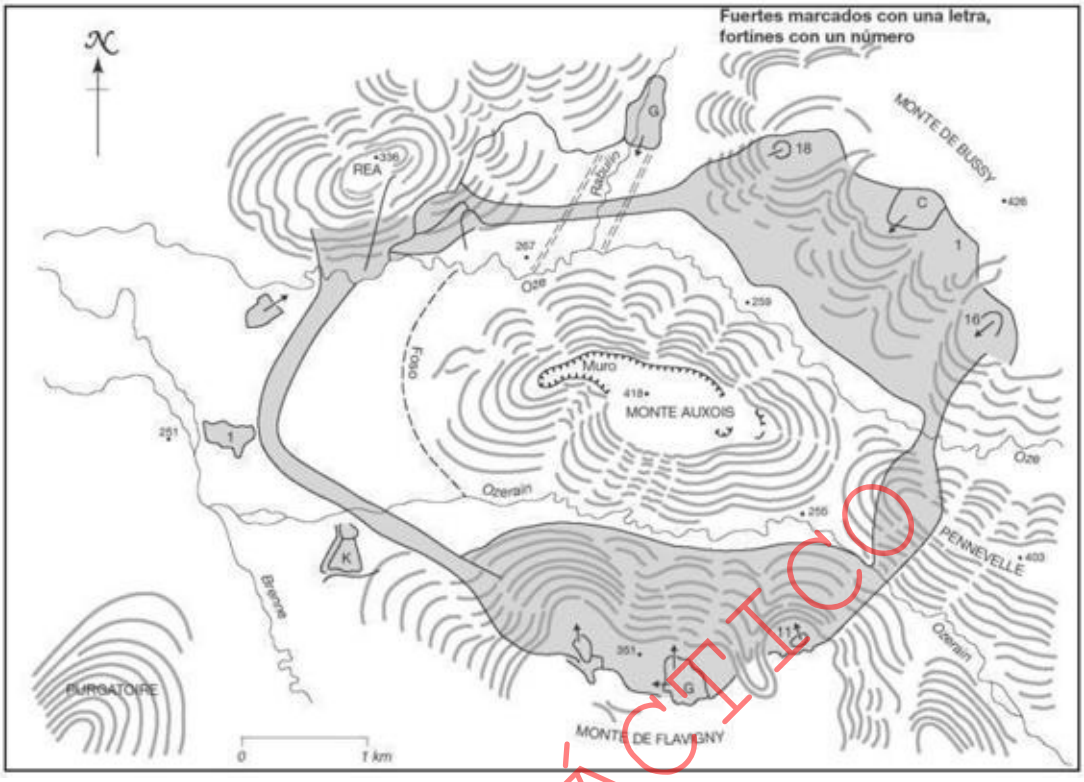
USO DIDÁCTICO

se ejecutaran tranquilamente y enviaron a sus jinetes a atacarlas. La caballería auxiliar y aliada les salió al encuentro, pero, hasta que César no mandó su reserva de jinetes germanos e hizo formar a algunos de los legionarios para respaldarlos, no lograron repelerlos. Resignado a la idea de soportar un sitio,Vercingetórix alejó a su caballería antes de que se cerrara el bloqueo y les ordenó que regresaran a sus tribus y reunieran un ejército de auxilio. El destino de la Galia se decidiría en Alesia, porque César se mantendría allí con tanta determinación como había encerrado a Vercingetórix. Las reservas de grano de Alesia fueron sometidas a un control central para ser repartidas en raciones justas, mientras que el ganado se distribuyó entre varios individuos para que se ocuparan de las bestias hasta su sacrificio. Los galos se prepararon para esperar el rescate y el enfrentamiento final con César. Los romanos continuaron trabajando para completar su linea de circunvalación, que rodeaba toda la colina. El emplazamiento fue localizado y excavado bajo los auspicios de Napoleón III, que sentía una especial pasión por este episodio de la historia de Francia. Más recientemente, las técnicas modernas y nuevas excavaciones han confirmado una idea que, en todos los aspectos importantes se corresponde de modo asombroso con la descripción hecha en los Comentarios (las dimensiones de las verdaderas zanjas no son siempre tan regulares como sugiere César, pero, dado su tamaño, es comprensible).

Al oeste, por donde se abría la llanura, los romanos cavaron un foso de lados rectos y unos seis metros de anchura, que iba de un arroyo al otro con el fin de obstaculizar el avance del enemigo y retrasarlo y avisar de que se estaban aproximando. La línea de defensa estaba situada cuatrocientos pasos (unos 120 metros) más atrás y consistía en dos zanjas: la interna estaba llena de agua allí donde era posible, y detrás de ella, una muralla de 3,5 metros de altura reforzada con altas torres a intervalos de 20 metros. Delante de las zanjas colocaron una serie de obstáculos y trampas a los que los legionarios habían dado macabros apodos. Las estacas cuyas puntas habían sido afiladas y que habían sido endurecidas al fuego eran los «mojones» (cippi o cipos), las que se escondían en fosos circulares y se cubrían de follaje eran llamadas lirios (lilia) por su forma, mientras que los tribulus y los pinchos medio enterrados eran estímulos. Este tipo de trampas podían causar víctimas entre los atacantes, sobre todo si avanzaba durante la noche, pero su principal función era ralentizar una carga y despojarla de ímpetu, ya que los hombres se veían obligados a sobrepasarlas caminando sin apenas pisar. Las defensas eran suficientemente fuertes para que incluso un reducido número de hombres pudiera mantener las líneas aunque sufrieran un asalto importante, de manera que gran parte del ejército podía dedicarse a buscar víveres y continuar las obras. Tan pronto como la línea estuvo terminada, el procónsul ordenó a sus soldados que construyeran otra mirando al exterior -una línea de contravalación- para defenderlos cuando llegara el ejército de auxilio. Era esencial acumular tanto grano y animales de granja como fuera posible antes de su llegada, y César dio instrucciones a sus hombres de recopilar bastante para mantener a todo el ejército durante treinta días. El trabajo y el esfuerzo invertidos en estas tareas había sido inmenso, pero ahora César tenía a su disposición a todo el ejército y a sus más capaces oficiales superiores.Además de los legados, entre los que se contaban Quinto Cicerón y Cayo Trebonio, también estaban a su lado Décimo Bruto y su nuevo cuestor, Marco Antonio: el Marco Antonio de Shakespeare. Los romanos trabajaban y los galos de Alesia les

USO DIDÁCTICO

observaban, lanzando ocasionales incursiones de hostigamiento, pero sin querer correr el riesgo de un enfrentamiento importante hasta que la ayuda del exterior no hubiera llegado. Ambos bandos estaban aguardando a que estallara la tormenta.`



Sitio de Alesia: mapa basado en excavaciones recientes y del siglo xIx. No toda el área ha sido excavada, dado la vasta extensión de la zona.

USO DIDÁCTICO

Las tribus tardaron un tiempo en reunir una fuerza de auxilio: los jefes se reunieron y acordaron el número de guerreros que suministraría cada pueblo. César proporciona una larga lista de los contingentes solicitados a cada tribu y afirma que el ejército llegó a contar con ocho mil jinetes y doscientos cincuenta mil soldados de infantería. Es posible que su información fuera incorrecta y también que inflara deliberadamente la cantidad, pero hay que recordar que estas cifras coinciden con las que da a lo largo de los Comentarios para las fuerzas tribales, aunque tal vez eso significa sencillamente que era coherente a la hora de exagerar. Con todo, aunque exagerara, las circunstancias que envolvían una coalición de tanta envergadura (consciente de que lucharía la batalla decisiva), sugieren que realmente fue uno de los ejércitos galos más grandes que hubiera combatido jamás. César sostiene que las tribus no alistaron a todo aquel que podía usar un arma, ya que consideraron que las huestes serían demasiado vastas, dificiles de controlar y casi imposibles de alimentar. Aun así, adivinamos que muchos hombres que, por lo general, sólo habían luchado en defensa de sus propias tierras se sumaron al ejército, ya fuera de manera voluntaria o por orden de sus jefes. Se nombraron cuatro líderes: uno era Comio, el rey de los atrebates, y otros dos eran jefes que habían comandado la caballería edua de César a principios de año. El último eraVercasivelauno, un primo de Vercingetórix, el único que no parece haber servido en el ejército de César en algún momento en el pasado. Las tropas se reunieron con lentitud y, una vez formadas, también se movían con lentitud, algo inevitable en una fuerza tan gigantesca. Entretanto, los hombres de Alesia cada vez estaban más

nerviosos ante la perspectiva de que el ejército de auxilio no llegara y decidieron adoptar medidas desesperadas. Las gentes de la propia ciudad -las mujeres, los niños y los ancianos que no podían luchar- fueron expulsadas para que esas bocas «inútiles» dejaran de consumir las provisiones que necesitaban los guerreros. Puede que Vercingetórix diera por supuesto que los romanos les permitirían atravesar sus líneas para ponerse a salvo. En ese caso, sufrió una gran decepción: César reforzó los centinelas de la empalizada y no dejó pasar a nadie.Tal vez temiera que el paso de tantos refugiados sirviera de protección a un ataque de los guerreros o bien se mostraba reacio a permitir que entraran en una zona donde su ejército seguía recopilando alimentos y agotaran los recursos que necesitaba para sus tropas. Quizá creyó que los galos se verían obligados a readmitir a los civiles, con lo que su bloqueo resultaría efectivo más rápido. Pero no lo hicieron.A esas alturas de la campaña, ambos comandantes eran capaces de mostrar la misma frialdad y falta de misericordia. Las súplicas de la población fueron desoídas y dejaron que murieran de hambre entre las líneas.Tal vez César pensara que la visión de su muerte desmoralizaría a los galos. Sin duda hizo que el enfrentamiento final fuera aún más salvaje.31

Por fin, el ejército de auxilio llegó a Alesia y acampó en un terreno elevado, seguramente al suroeste, a cerca de un kilómetro de la línea de contravalación.Al día siguiente, el ejército se concentró, con la caballería delante en la llanura y las vastas multitudes de infanterías, detrás, en las pendientes, haciendo ostentación de sus numerosísimos efectivos ante el enemigo y los sitiados. Como respuesta, Vercingetórix hizo salir a sus guerreros de la ciudad y del campamento. Avanzaron y rellenaron una parte del inmenso foso que los hombres de César habían excavado frente a sus líneas. Allí se detuvieron, prestos a atacar en combinación con el ejército de auxilio. Las legiones estaban preparadas, los hombres se habían desplegado en ambas líneas de asedio para hacer frente al ataque desde las dos direcciones. Con un gesto que pretendía demostrar su confianza, César ordenó a sus jinetes que salieran de las líneas para enfrentarse a la caballería de la fuerza de auxilio y dio comienzo una lucha veloz que se desarrolló durante toda la tarde y que, durante buena parte del enfrentamiento, pareció favorecer a los galos, hasta que la caballería germana de César cargó una vez más otorgando el triunfo a los romanos. Los galos no hicieron participar a su infantería y los ejércitos regresaron a sus campamentos al caer la tarde. El nuevo día fue dedicado a los preparativos, los guerreros galos se pusieron a fabricar escalas y cuerdas para amarrarse y escalar la empalizada y a preparar hatos de zarzas para rellenar el foso del enemigo. El ejército de auxilio atacó a medianoche, lanzando un gran grito de ánimo para hacer saber aVercingetórix que entraban en acción (con los romanos entre las dos fuerzas galas no tenían medio de comunicación directo). El arverno ordenó a los trompetas que tocaran señal de ataque para sus propios guerreros, lanzándose contra el tramo correspondiente de la línea de circunvalación. Sin embargo, tardaron mucho en organizarse y más tiempo todavía para rellenar más tramos del foso romano. Al final, llegaron demasiado tarde para ayudar a sus camaradas. Era una lucha enconada, pero, en un momento dado, Marco Antonio y el legado Trebonio, que estaban al mando de esta sección de las líneas, hicieron avanzar a las reservas y repelieron ambos ataques. Las defensas construidas con tanto esmero por los hombres de César habían demostrado su valía.32

USO DIDÁCTICO

Esta vez, antes de lanzar un nuevo asalto, los cuatro jefes del ejército de auxilio tuvieron la precaución de explorar el terreno y hablar con los habitantes del lugar que conocían la zona. Decidieron que el punto más vulnerable era un campamento romano en la ladera de una colina que conformaba la punta noroeste del terreno elevado con forma de media luna que circundaba la ciudad. Los romanos no habían conseguido incorporar la colina dentro de sus líneas porque hacerlo habría aumentado la ya ingente tarea de construir las líneas. Sólo dos legiones ocupaban ese campamento, pero Comio y los demás jefes resolvieron enviar casi un cuarto de su infantería, unos sesenta mil guerreros seleccionados, contra aquella posición.Vercasivelauno ordenó a sus hombres salir de noche, los dirigió hacia la pendiente opuesta de la colina, donde podían aguardar sin que los viera el enemigo. Habían planeado lanzar ataques en otros lugares para distraer la atención del adversario antes de que el auténtico asalto comenzara a mediodía.Vercingetórix presenció parte de los preparativos y, aunque no conocía los detalles del plan, decidió brindar cuanta ayuda le fuera posible lanzando un ataque total contra las líneas internas.A mediodíaVercasivelauno y sus hombres se extendieron por la cima de la loma y bajaron la pendiente en dirección al campamento elegido. Al ser atacados en tantos lugares al mismo tiempo, los defensores romanos no contaban con efectivos suficientes para cubrir todo el terreno y fueron sometidos a una tremenda presión. Las líneas eran muy amplias, pero César se dirigió a una posición desde la cual podía ver la mayor parte de la acción y comenzó a ordenar a las reservas que se dirigieran hacia allí para reforzar los sectores amenazados.Aun así, depositaba mucha confianza en sus oficiales superiores para mantenerle informado y tomar la iniciativa cuando no había tiempo para consultarle. Poco a poco, Vercasivelauno comenzó a abrirse camino frente al campamento de la ladera y César optó por enviar a Labieno -su mejor subordinado- con seis cohortes para respaldar a aquellos hombres. El legado superior recibió instrucciones de utilizar su juicio y abandonar la posición y sacar de allí a la guarnición si no podían mantenerla.

USO DIDÁCTICO

En aquel momento, César dejó su puesto de vigilancia, sabiendo que no bastaba con observar y dirigir. Fue hacia los hombres y les alentó mientras luchaban, diciéndoles que este día decidiría toda la guerra.Vercingetórix y sus guerreros habían sido repelidos en sus primeros ataques contra las secciones más débiles de la línea de circunvalación. Ahora adoptaron la estrategia de asaltar varios lugares que estaban mejor protegidos por las pendientes, pero con escasa protección marcial. En un momento dado, escalaron la muralla y utilizaron garfios y cuerdas para derribar una de las torres romanas. César mandó a Décimo Bruto hacia allí con algunas tropas, pero no pudo frenar el avance del enemigo. Más cohortes comandadas por el legado Cayo Fabio fueron despachadas para apoyarle y el hueco de la línea fue cubierto. Una vez superada la crisis, César se alejó al galope para ver cómo estaba aguantando Labieno en el fuerte de la ladera. No fue solo, sino que reunió a toda prisa cuatro cohortes con soldados de uno de los fortines cercanos. La mayor parte de la caballería del ejército estaba inactiva y los dividió en dos grupos: mantuvo a una de las fuerzas a su lado y ordenó a la otra ir más allá de la línea de contravalación, rodearla y atacar a los hombres de Vercasivelauno por el flanco. Para entonces, los soldados de Labieno habían perdido el control del terraplén del fuerte, pero el legado había logrado encontrar catorce cohortes y unirlas a las seis que había llevado con él y a

las dos de la guarnición. Con esta formidable fuerza había creado una línea de batalla cerrada dentro y cerca del fuerte y envió mensajeros a César para informarle de lo que estaba ocurriendo. Todo estaba listo para el punto crítico del asedio y la campaña: en muchos sentidos, al menos en lo que concierne a los Comentarios, el punto culminante de las campañas de César desde el año 58 a.C. En su relato, las hábiles acciones de Labieno y los demás legados son mencionadas, pero al final la descripción se centra en el propio autor:

> Al conocer su llegada por el color del vestido, pues solía llevar en los combates uno que lo distinguiera, y ver los escuadrones de caballería y las cohortes que por orden suya le seguían, ya que desde las alturas se descubrían estos parajes pendientes y bajos, los enemigos traban combate. Álzase por todas partes griterío, que se repite en la estacada y en todas las fortificaciones. Los nuestros, dejando a un lado las jabalinas, echan mano a las espadas. Súbitamente aparece por detrás del enemigo nuestra caballería; acércanse otras cohortes; vuelve las espaldas el enemigo; a los fugitivos atájalos nuestra caballería; hócese gran matanza [...1 llévanse a César setenta y cuatro enseñas militares; pocos de tan gran multitud llegan incólumes a su campamento.33

El contraataque romano inclinó la balanza irrevocablemente a su favor. El intento de romper las líneas de César terminó en un sangriento rechazo. Vercingetórix y sus hombres también habían sido incapaces de romper el cerco y se retiraron cuando vieron el fracaso absoluto de los esfuerzos del ejército de auxilio. Aunque puede que la suerte del día no se decidiera con tanta rapidez o simplemente tal y como César sugiere, la naturaleza definitiva de su victoria es incuestionable. Los rebeldes se descorazonaron.AVercingetórix y sus hombres se les estaba agotando el alimento y no veían posibilidades de huida; la fuerza de auxilio había emprendido dos ataques de gran envergadura y ambos habían fracasado. Un ejército tribal tan enorme no podría abastecerse en el campo de batalla por mucho tiempo y organizar un asalto con éxito antes de que tuvieran que dispersarse no parecía posible.34

Al día siguiente,Vercingetórix convocó a sus jefes a un consejo. Sugirió que debían rendirse y añadió que él estaba dispuesto a entregarse a los romanos. Al parecer, ninguno de los asistentes al consejo puso ninguna objeción y mandaron enviados a César, que exigió que entregaran las armas y que los líderes se rindieran. En los Comentarios el acto de la capitulación se describe brevemente. Según Plutarco y Dión,Vercingetórix se puso su más lujosa armadura y salió de la ciudad a lomos de su mejor caballo de batalla. Aproximándose al tribunal donde César ocupaba la silla de magistrado, el jefe arverno dio una vuelta en torno a su adversario, desmontó, depositó sus armas en el suelo y se sentó a sus pies a la espera de que se lo llevaran. Los Comentarios no podían permitir que su héroe resultara eclipsado de ese modo.35

Prácticamente todas las tribus que participaron en la rebelión capitularon. En muchos sentidos, la victoria final de César fue tan grandiosa debido a la cantidad de pueblos que se habían unido a la

USO DIDACTICO

revuelta. Por fin, las tribus celtas/galas habían probado el poder militar de las legiones y habían sufrido una derrota aplastante, por lo que casi todos ellos aceptaban ahora la realidad de la conquista. César fue generoso con los cautivos de los eduos y los arvernos y probablemente también con los de las tribus que dependían de ellos. Estos hombres no fueron vendidos como esclavos, aunque Vercingetórix fue mantenido prisionero hasta la celebración del triunfo de César y fue condenado a un estrangulamiento ritual a la manera tradicional romana. No obstante, había muchos otros cautivos que podían haber sido puestos a la venta y los beneficios de esa venta podrían haberse repartido entre los soldados. Los eduos y los arvernos eran pueblos importantes a los que César prefería tener como aliados más o menos voluntarios, de ahí su indulgencia: había ganado una victoria militar, pero sabía que el establecimiento de una paz duradera era ahora cuestión de política y delicada diplomacia. En el caso de estas dos tribus, parece que su estrategia funcionó.36

USO DIDÁCTICO